Galería dramática del Círculo-Patronato de San Luis Gonzaga, de Madrid

UN BUEN RECLAMO

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

Arturo Humanes y Miranda

Premiada en el Primer Concurso Literario celebrado el día 6 de Junio de 1902 en el Círculo-Patronato de San Luis Gonzaga, de Madrid.

MADRID.—1907

BADAJOZ
Tipografía del *Noticiero Extremeño*
Calle Montesinos, 5 y 7
1907

Galería dramática del Círculo-Patronato de San Luis Gonzaga, de Madrid

UN BUEN RECLAMO

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

Arturo Humanes y Miranda

Premiada en el Primer Concurso Literario celebrado el día 6 de Junio de 1902 en el Círculo-Patronato de San Luis Gonzaga, de Madrid.

MADRID.—1907

BADAJOZ
Tipografía del *Noticiero Extremeño*
Calle Montesinos, 5 y 7
1907

Esta obra es propiedad del Círculo-Patronato de San Luis Gonzaga, de Madrid, á quien ha cedido todos sus derechos el autor.

Queda registrada y hecho el depósito que marca la ley.

LIBRARY UNIV. OF
NORTH CAROLINA

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LORRAS

N.º de la procedencia
2498

PERSONAJES

D. León.
Zenón.
D. Ignacio.
Juan.
Fernández. } Guardias
Pérez. } Guardias
Manolo.
Pepe.

La acción en Madrid.—Época actual.

A mi entrañable amigo, jefe, y co-Baldomero, D. Francisco Pérez Mateos le dedica este aborto de su imaginación
El Autor.

722560

ACTO ÚNICO

Despacho bien amueblado. Una puerta á cada lado y otra al fondo. Mesa de despacho á la derecha, sillas y una biblioteca con libros á la izquierda. Centro del foro puerta con portiers. Derecha é izquierda las del actor. (Sobre la mesa, libros, objetos de escritorio. etc. y un loro disecado).

ESCENA PRIMERA

Manolo *y* **Pepe.** *(Sentado leyendo unos libros).*

MANOLO. (Sale acabando de vestirse.) Me parece que no has esperado mucho?

PEPE. ¿De manera que te traes á tu padre?...

MANOLO. Sí; pienso quedarme definitivamente en Madrid, de cuya población no puedo tener queja, sobre todo en mis primeros pasos como médico.

PEPE. En verdad que no sé cómo te has arreglado para proporcionarte la clientela que hoy tienes, en tan poquísimo tiempo de ejercicio.

MANOLO. ¿Me das palabra de guardar el secreto?

PEPE. Bajo mi honor.

MANOLO. Pues sea. (Se sienta, saca cigarros y fuman.) Hace tres meses, cuàndo recien licenciado salía loco de contento por la puerta del colegio de San Carlos, sentía no sé qué indecible angustia al abandonar para siempre aquellos severos claustros, testigos mudos, confidentes secretos de mis ideales y sueños de estudiante.

Corrí al telégrafo, redacté á mi pobre viejo un lacónico pero elocuente telegrama que decía: «Te abraza el doctor Manolo», y volví grupas con objeto de que todo Madrid me viese hecho un médico, pues me parecía que se me había de conocer en la cara.

Fuí á mi casa y al poco rato recibí un telegrama de mi padre contestando al mío en el que se leía: «Gozo indescriptible, correo giro, vente enseguida.—Tu padre, *Ignacio.*»

Dediqué el día á despedirme de unos y de otros, dejé para la última la despedida del doctor Céspedes, un profesor mío que siempre me demostró gran aprecio, y después de arreglar mi equipaje, cedí al influjo del sueño y oculté entre las sábanas de mi lecho las emociones del día.

Al día siguiente, y después de haber hecho efectiva una letra que me remitía mi padre, invité á comer conmigo al doctor Céspedes y de sobremesa el buen doctor empezó á darme una serenata regularcita.

Que yo era muy bueno; que había sido

RBC/NcU

un gran estudiante; que como yo debían ser todos; en fin, que no había otro que me igualase, ni en costumbres, ni en talento, ni en nada.

PEPE. Y razón tenía.

MANOLO. ¿También tú?... En resumen: me dijo que mi porvenir estaba en la corte y que no debía abandonarla.

Marché al pueblo, se lo dije á mi padre y de común acuerdo volví á ésta con la intención de que si en un año no veía declarada la suerte en mi favor, me hundiría para siempre entre los breñales y terruños que me vieron nacer.

PEPE. Y ahora...

MANOLO. Ahora, el secreto. Me puse á cavilar sobre el medio de proporcionarme una clientela con poco trabajo y ¡qué demonio! ¡hice mal! Pero la caridad bien entendida empieza por uno mismo.

Cojí la lista del colegio, ví que en ella figuraba un doctor Rodríguez y dije: ¡he aquí mi hombre! Supe después que tenía un gabinete muy acreditado y pensé que aunque le quitase unos cuantos clientes, de los que seguramente serían nuevos para él, no habría de arruinarle y... dicho y hecho, aprovechando que se hallaba este piso desalquilado, á los pocos días me instalé en él, no sin antes haber adquirido algunos mue-

bles y de haberme proporcionado un sirviente que en realidad no sirve para nada.

Coloqué inmediatamente una chapa metálica en la puerta de mi habitación, que dice: «Dr. M. Rodríguez, médico cirujano».

Como mi vecino tenía también el mismo apellido y la misma inicial del nombre, no necesité grandes esfuerzos para que la gente cayese en el garlito. Siempre es más fácil quedarse en el principal, que subir hasta el segundo.

Comprendió el tal doctor la estratagema y á los pocos días levantó el campo, y... esto es todo.

¡Ah! Se me olvidaba decirte que se me ha ocurrido una idea luminosa. He mandado hacer unos tarjeteros de piel, los cuales llevan en las tapas mi nombre y domicilio, y en unas hojitas de papel que llevan interiormente, también va mi inscripción y como quiera que los tarjeteros son cómodos y elegantes, no puedes imaginarte el pedido que tengo.

Como es de suponer, los regalo á los farmacéuticos para que los distribuyan entre sus compradores y va á llegar el día en que el doctor Rodríguez sea el más conocido de los galenos.

PEPE. Hasta que venga otro Rodríguez menos conocido que él y le quite la clientela.

MANOLO. ¿Con que me acompañas? (Toca el timbre.)
PEPE. Andando. (Se levantan.)

ESCENA II

Dichos; *y* criado *(Juan.)*

JUAN. (Entra foro.) ¿Llamaba el señorito?
MANOLO. Sí; voy á casa de los Sres. de García, si viene algún recado urgente, ya sabes donde estoy, si viene algún cliente, que espere, no tardaré en volver. (Vasen *Manolo* y *Pepe* por el foro.)
JUAN. Está bien.

ESCENA III

Juan, *solo*

(Después de buscar por la mesa.) Lo dicho; el día que viene algún amigo, ese día no fumo yo. ¡Mal constipado le pille!
Pero no. La llave está puesta. ¡Magnífico! (Abre la biblioteca. Suena el timbre.) ¿Quién será? (Vuelven á llamar.) ¡Y dale! (Saca una caja de puros y coje unos cuantos que guarda en el bolsillo.) Está uno en sus ocupaciones y viene á molestarle la humanidad doliente. (Llaman.) ¡Y, torna! (Timbre.) ¡Y, vuelta! Es cosa probada que no se puede hacer la limpieza con tranquilidad. (Hace alusión á la mano.) (Esconde la caja en la biblioteca y deja abierto.) ¡Ya va! (Timbre.) ¡Ya va! (Vase foro.)

ESCENA IV

Dicho *y* Zenón

ZENÓN. (Entrando foro.) ¿No está el señorito?...
JUAN. No está, no, señor.
ZENÓN. Bueno, es indiferente.
JUAN. Si usted quiere esperarle...
ZENÓN. Le esperaré ¿qué voy á hacer? Porque de seguro no me espera él á mí.
JUAN. Pues tome usted asiento.
ZENÓN. Gracias. (Vase *Juan* por el foro.)

ESCENA V

Zenón, *solo*

Dios ponga tiento en tus manos. Como sepas conducirte con cautela, puedes sacar bastante partido; sino Zenón, me parece que ni por una sola vez vas á poder hacer honor á tu nombre.

En caso contrario te resta el último sacrificio y es el de comerte la *ene* final y con eso será un nombre más digno de tí. Zenó, eso es, cenó porque lo que es ahora, no cena. Bien mirado ¿de qué vivo yo? De nada, porque ni vivo bien mirado. Todo el mundo me vilipendia, me calumnia y dice que vivo del sable.

Mentira y muy mentira; el sable es el que por poco me mata la otra noche. Verán ustedes.

Me salió un negocio regular; dos pesetas y vino á discreción por organizar una manifestacioncita espontánea. Reuní unos chicos, les dí la consigna y al avío. Todo el día estuvimos manifestándonos y subiendo y bajando gente. Que ¡arriba Fulano! Que ¡abajo Mengano! Un ejercicio horrible; claro, se me abrió el apetito ya que no me habían abierto la cabeza, y á la caida de la tarde voy á la taberna y digo: dos *soldados de pavía* y unas chuletas. «No tenemos.» ¿Pues qué hay? «Costillas.» Vengan costillas.

Pusieron unas cuantas á la lumbre y.... arremeto con los soldados. No había hecho más que dar un bocado al primero de pavía, cuando oigo jaleo, salgo á la calle y me gano la primer chuleta. Dos pasos más allá me arrearon un sablazo en la espalda, y cuando entré de nuevo en la taberna no pude encontrar mis costillas por ninguna parte.

Desde aquella noche la vida me es imposible de pasar. ¡Y tan imposible! Porque las dos pesetas que me dieron para toda la vida, esas... esas no pasan: son meneses.

Ahora tengo en perspectiva una contrata con un francés. Es decir, tanto como francés, no; él es de Aravaca, como toda su fa-

milia, pero se las da de francés muy bien y piensa exhibirme en una barraca de la feria, aprovechando la transparencia de mi persona.

El dice que como cuaje la cosa vamos á sacar el vientre de mal año. ¡No sabe él que como venga un año malo no saca uno ni vientre!

La cuenta que yo me hago es que un hombre como yo puede prestarse á todo sin el menor riesgo.

¡Pues no me dijo un señor inglés hace poco, que si tenía miedo á los rayos X! ¿Miedo yo? Si lo único que siento es no tener los rayos á mano para exterminio de mis ingleses presentes y pasados y escarmiento de los venideros.

En fin, aquí lo más seguro es el asuntillo que me trae á esta casa. (Se sienta al lado de la mesa.)

Anoche al retirarme á las veintitres y media de la calle de Sevilla con dirección al lecho, vulgo Salón del Prado, tropecé con un objeto: me detuve con objeto de cojer el objeto y hallé este precioso tarjetero pletórico de papeles de importancia para su dueño. Viendo que no tenía moneda de ninguna clase, ni fiduciaria ni de las otras, dije: lo mejor es llevárselo á su amo que seguramente me gratificará por el hallazgo, y como en las tapas dice: Doctor Rodríguez,

Veneras, 93, pral., no hay que torturar mucho el cerebro para conocer que el dueño es el Sr. Rodríguez.

El doctor se hace esperar más de lo necesario. ¡Calle! ¡Una pastilla de chocolate! (Mirando sobre la mesa.) Perfectamente. ¡Hola! ¿Otra pastilla? Luego ya son dos. Buen encuentro. La verdad es que hay casualidades en la vida. Pero no, no me las como, se me resiste, se me resiste el estómago á comerlas solas. (Pausa. Piensa un momento.) ¡Magnífico! (Toca el timbre.)

ESCENA VI

Dicho *y* criado

JUAN. (Entra por el foro.) ¿Llamaba usted?

ZENÓN. ¡Hombre, precisamente llamar!... pero ya que ha venido usted ¿será tan amable que me proporcione un vasito de agua?

JUAN. Sí, señor...

ZENÓN. Oiga: ¿y una miga de pan? porque tengo que borrar unas señales de lapiz.

JUAN. Enseguida.

ESCENA VII

Zenón

ZENÓN. He aquí el problema. Se cuela uno en una

casa desconocida, se siente uno dueño de la misma y... ¡A propósito! La fortuna se ríe conmigo á carcajadas. ¿Qué tal? Un cigarrito puro para después del desayuno. (Se lo pone en la boca.)

ESCENA VIII

Dicho *y* Juan

JUAN. (Trae una bandeja con el pan y el agua, todo lo cual coloca encima de la mesa.) Aquí está todo.

ZENÓN. Bien, hombre, bien, cuánto vale...

JUAN. No vale nada, no faltaba más.

ZENÓN. Ya lo sé, digo que cuanto vale este chico.

JUAN. Gracias.

ZENÓN. ¿Tiene usted una cerillita?

JUAN. Sí, señor.

ZENÓN. Vaya, vaya, cuando digo yo que eres un gran muchacho. Dispensa no te dé uno, pero no tengo más; de esta clase se llevan pocos en el bolsillo.

JUAN. (Le da la cerilla encendida; mira un instante cómo enciende *Zenón* y busca por encima de la mesa. Todo con rapidez.)

ZENÓN. (Se le apaga la cerilla.) Dame otra cerilla, hombre, que ésta se apagó con el aire.

JUAN. (Le quita el cigarro y lo abre.) Como que es el abanico que lleva el señorito á los toros. (Ríe.)

ZENÓN. (Aparte.) Esta es buena. (Alto.) Ya... ya... decía yo... Sí... esto... es... justo... Este cigarro

me parece que lo he visto yo en algún sitio.

JUAN. En los toros.

ZENÓN. (Aparte.) En las astas es donde me he visto yo ahora. (Alto.) Claro... claro.

JUAN. Como que si hubiera sido bueno estaría ahí. ¡Magras!

ZENÓN. ¿Magras? (Con avidez.)

JUAN. Claro, hombre, se lo habría fumao este cura. (Ríe.)

ZENÓN. Anda, tunante, pillastrón. (Le da unos golpes en la espalda.) (Vase criado por el foro.)

ESCENA IX

Zenón, *solo*

En buen apuro me he visto ¿pero qué remedio tiene? No hay que preocuparse por tan poca cosa. (Va comiendo pastilla y pan y bebiendo agua alternativamente.) Lo que es hoy no me quita ya nadie el desayuno.

No cabe duda alguna que soy el hombre de los grandes recursos, es decir, un hombre sin recursos que recurre á todo.

Y no vayan ustedes á tomar este acto que yo realizo como un abuso de confianza.

Ni mucho menos, porque para eso lo primero que había que tener es confianza y yo maldita la que tengo.

Estas no son más que genialidades mías,

soy como esos grandes hombres que no tienen que hacer y buscan una manera de matar el tiempo. Yo también busco la manera de que me maten en el menos tiempo posible.

Y ni por esas. (Se detiene ante la biblioteca.) Medicina Legal. La ciencia médica. Ciencia experimental. «El corazón»... ¡Hombre! ¡Qué casualidad! ¡Qué tentador es esto! ¡Yo que siempre fuí apasionado por las obras científicas. (Saca un libro lujosamente encuadernado y lo mira con gran detenimiento é interés.) «¡El corazón!» Un órgano tan importante para la vida. (Lee.) Precio: cincuenta pesetas. Y tan importante; como que me resuelve la vida por diez ó doce días lo menos. Me conozco y veo que no voy á poder resistir á la tentación, no puedo. (Guarda el libro en el pecho.) Después de todo no hago más que poner el corazón en el sitio correspondiente. Una debilidad la tiene cualquiera; y, sobre todo, uno tiene compromisos adquiridos de antemano y son sagrados.

Yo le dí palabra al Sr. Arístides, un librero de viejo, amigo mío, de que le llevaría cuantos libros pudiera á cambio de unas pesetillas que él me entrega, así es que no voy á ganar poco en su estimación cuando vea que me acerco á hablarle con el corazón en la mano.

¡Buena encuadernación tiene este otro! ¿A ver? «Cariño». (Lo coje.) Me atrae, me seduce; vamos, que voy á dar mi «cariño» al Sr. Arístides, y tú, doctor, apreciable doctor, ya le puedes ir perdiendo el cariño. (Lo guarda en el pecho.) «El sí de las niñas». ¡Hombre! qué cosa tan tentadora para un hombre como yo que ha traido revuelto el mujerío por su gracia y su salero. (Se contonea y guarda este libro donde los otros.)

ESCENA X

Dicho; D. León *y* Juan

JUAN. (Dentro.) Repito que no está.

D. LEÓN. (Entrando.) Es lo mismo. Esperaré. Vaya si esperaré. (Pasea por la habitación muy agitado y nervioso.)

ZENÓN. (Aparte.) Vaya un geniecillo agradable.

CRIADO. (Desde el foro.) (Aparte.) Ahí te quedas, fiera, sino fuera por... ¡hum! (Vase.)

ESCENA XI

Dichos; *menos* Juan

D. LEÓN. (Se detiene repentinamente delante de *Zenón* á quien interrogará con mal modo, encolerizándose más cada vez.) ¿De modo que usted no es el Sr. Rodríguez?...

ZENÓN. No, señor.

D. León. ¿Ni pariente?...

Zenón. No, señor.

D. León. ¿Ni amigo?...

Zenón. No, señor.

D. León. ¿Ni doméstico? (Loco de furia.)

Zenón. Tampoco.

D. León. Pues lo siento; créame que lo siento muy de veras, porque vengo echando las muelas. (Se pasea agitadísimo.)

Zenón. (Aparte.) ¿Echando las muelas? ¡Magnífico! He aquí un hombre á quien yo podría prestar un buen servicio y sacarle unas perras.

D. León. (Se deja caer sobre una butaca haciendo gesto de furor.) (Aparte.) ¡Granuja! ¡Más que granuja, hacer el amor á mi hija!

Zenón. (Aparte.) Si yo le dijera que en Alcaudete fuí cirujano menor...

D. León. (Leyendo un papel.) (Aparte.) ¿Habrá sinvergüenza? «Hasta que no me dés el ansiado sí...

Zenón. (Aparte.) Yo se lo digo... (Con timidez.) Caballero...

D. León. (Bruscamente.) ¿Eh?...

Zenón. Hace un momento al entrar en esta habitación...

D. León. ¿Qué? ¿No le gustó mi entrada? Se aguanta. ¿Le molestaron mis ademanes? Se fastidia.

Zenón. (Muy risueño y adulador.) ¡No! no, señor; al contrario, me pareció su actitud muy propia de la enfermedad que padece.

D. León. ¿Qué está usted diciendo?...

Zenón. (Sigue en el mismo tono que antes.) Muy sencillo. Esa

excitación nerviosa, ese hablar sin tino, ese mal humor, en una palabra...

D. LEÓN. (Se levanta en actitud agresiva.) ¡Qué dice usted, botarate!

ZENÓN. Cálmese, cálmese y nos entenderemos.

D. LEÓN. ¿Cómo nos vamos á entender? ¡Si me está usted poniendo de loco que no puede ser más! ¡¡¡Voto á mil caballos!!!...

ZENÓN. No, señor, (Riendo.) ni mucho menos; escúcheme con calma y se convencerá. Yo quería decirle que ha encontrado usted en mí al hombre que buscaba.

D. LEÓN. (Con marcadísimo interés.) ¿A Rodríguez?

ZENÓN. No. Al cirujano.

D. LEÓN. ¿Al cirujano?

ZENÓN. Al cirujano menor.

D. LEÓN. (Indignado y agresivo.) ¿Al veterinario?...

ZENÓN. (Asustado.) Al dentista.

D. LEÓN. ¿Para qué lo necesito? ¡¡Imbécil!!...

ZENÓN. (Más asustado.) No venía usted echando las muelas?...

D. LEÓN. ¡Le mato! (Corre tras él.) ¡Burlarse de mí!... ¡Pillastre! (*Zenón* se oculta en la puerta de la derecha.) (*León* se tira sobre una butaca desfallecido.) Yo desfallezco. Yo muero. ¡Todo en contra mía!

ZENÓN. (Asomando la cabeza por un portier.) ¿Se puede?

D. LEÓN. (Distraído.) Pasen...

ZENÓN. Soy yo... El dentista... ¿Se puede salir?...

D. LEÓN. Salga usted, hombre, salga usted y dé gracias á las gracias. (Suena el timbre de la puerta.) ¡El!

(Poniéndose de pie.) No me cabe duda. ¡El! ¡Por fin! ¡Voto á mil caballos!

ESCENA XII

Dichos y criado

JUAN. (Entra foro, se dirige á la mesa y busca con interés.)

D. LEÓN. (Aparte á *Zenón.*) ¡No es!... (Apesadumbrado.)

ZENÓN. (Aparte á *León.*) ¡No es! ¡No! ¡No es! (Imitando el tono de *León.*)

JUAN. ¿Han visto ustedes unas pastillas de chocolate que estaban encima de la mesa?

D. LEÓN. (Enfadado.) No he visto nada.

JUAN. (Á *Zenón.*) ¿Ni usted?

ZENÓN. (Con misterio. Aparte á *Juan.*) Se habrán marchado.

JUAN. ¿Solas?

ZENÓN. ¡Natural! ¿Crees tú que puede haber aquí nada dulce con un carácter tan agrio como ha entrado por las puertas? (Indicando á *León.*) (*León* gesticula solo leyendo un papel.)

JUAN. Pues, lo siento. Porque las había dejado el señorito para purgar al niño del segundo. (Sigue buscando por todos lados.)

ZENÓN. ¡Jesús qué abandono! ¡Eso es una imprudencia! Una temeridad. ¡Dejar un purgante, así, abandonado! ¡Qué imprevisión! Viene cualquiera; se lo come, (Indica dolores de vientre.) distraído y... (Aumenta el gesto.) y luego... (Aumenta más) luego... Pschit... Pschit. (Al criado que seguiría buscando.)

JUAN. (Acercándose.) ¿Qué desea?

ZENÓN. ¿Haces el favor de decirme dónde está? (Habla al oído de *Juan* mientras exagera los gestos.)

JUAN. La última puerta del pasillo, á la derecha. Venga usted conmigo.

ZENÓN. ¿Qué? ¿Tú también?... (Sale corriendo puerta del foro. *Juan* le sigue despacio.)

ESCENA XII

León *solo*

D. LEÓN. ¡Atrevido! (Pegando golpes sobre el papel.) Si le tuviera entre mis manos le trituraba. ¿Hacer el amor á mi hija? Entonces, ¿de qué servimos los padres? ¿Van á posponer las hijas el cariño paternal al de cualquier advenedizo que las diga por ahí te pudras? Es decir; si yo supiese que la decían por ahí te pudras... ¡ahogaba al tunante!... Claro. Comprenden que soy un buenazo, que soy una malva, que no tengo carácter y dicen, aquí que no peco. ¡Voto á tal! Pero se engañan. De algo me ha de servir el haber militado 42 años en las filas del ejército. Aún conserva el capitán León sus garras de acero.

¿Qué se han creído estas eminencias de la Medicina?... ¡Yo!... ¿Qué tomé Cumbres altas. Cuatro picos y las alturas de los Castillejos?... ¡¡Esas!! (Muy animado.) ¡Esas sí que eran eminencias y las hollé con mi planta!

¡Conque una eminencia médica de un metro y pico de altura! ¡Me la salto, hombre, me la salto! (Con brío.)

ESCENA XIV

Dicho *y* Zenón

ZENÓN. (Entra por el foro.) Ya creo que tenemos ahí al Doctor.

D. LEÓN. (Levantándose de su asiento.) ¿De veras? ¡Ay! ¡Ay! (Amenazador.) Llegó el momento. ¿Quiere usted evitar un día de luto?

ZENÓN. Sí, señor.

D. LEÓN. Pues sujéteme usted fuerte, muy fuerte, porque si no, no respondo. (Abre los brazos. *Zenón* le sujeta por detrás agarrándole de los antebrazos.)

D. LEÓN. Más arriba; ¿no ve usted que tengo movimiento? (*Zenón* le sujeta por las muñecas. *León* queda en cruz y *Zenón* detrás de él.)

ESCENA XV

Dichos, Ignacio *y* criado

(*Juan* entra delante por el foro llevando unas maletas.)

JUAN. ¿Conque el papá del señorito?

D. LEÓN. (Á *Ignacio.*) Venga usted aquí, ¡sinvergüenza!

D. IGNAC. (Aparte.) ¿Quién será este hombre?

D. LEÓN. ¿No es usted Rodríguez?

D. IGNAC. Sí, señor.

D. León. ¡Botarate!... ¡Viejo verde! (Hace esfuerzo por desprenderse de *Zenón* que le sigue sujetando.)

D. Ignac. ¡Vaya un recibimiento!

Zenón. Sosiéguese.

D. Ignac. ¿Qué significa esto?...

D. León. Esto significa, que parece mentira que un hombre á sus años se las eche de Tenorio como si tuviese veinte Abriles.

Juan. Sepan ustedes que el señor es el papá de mi señorito.

D. León. ¿De modo que usted no es el Doctor?...

Zenón. ¿No está usted oyendo que es el padre? (Le suelta.)

ESCENA XVI

Dichos *menos* **Juan** *que sale por el foro llevándose las maletas*

D. Ignac. Bien, señores, tengan la bondad de sentarse y explíquenme la causa de su excitación.

D. León. Muchas gracias. No me siento. Seré breve. Yo tengo una hija.

D. Ignac. Por muchos años.

D. León. Eso es lo que á usted no le importa. Pues bien. Su hijo ha dado en hacerla el amor, un amor que había yo soñado conservar solo para mí, y ella que nunca pensó en noviajos ni devaneos, hoy está chiflada por el truhan de su hijo hasta el punto que desde que él la pidió el sí, el ansiado sí, según di-

ce en este papelucho, no tiene un solo día de reposo.

D. IGNAC. Y en resumidas cuentas: ¿Usted que desea?

D. LEÓN. ¿Qué deseo? Muy sencillo. Que su hijo devuelva el sí. (*Zenón*, estará colocándose bien los libros, los cuales asomarán un poco por debajo del chaleco.)

D. IGNAC. Por devuelto.

D. LEÓN. Y con el sí, que me devuelva el corazón y el cariño que ha robado de mi casa.

D. IGNAC. Todo será restituído.

D. LEÓN. Con ello me devolverá la tranquilidad: que necesito mucho.

D. IGNAC. Lo prometo.

D. LEÓN. Confío en su palabra y me retiro. Ahí tiene usted mi tarjeta y sabe que puede disponer de un amigo. León Bravo ahí enfrente, en el piso segundo.

D. IGNAC. Ignacio Rodríguez, en este piso á su disposición.

ZENÓN. (Á *D. Leopoldo*, distraído.) No es tan fiero el León como le pintan.

D. LEÓN. (Airado.) ¿Cómo?

ZENÓN. Nada. Que tanto gusto en conocerle.

D. LEÓN. Adios... (Vase por el foro.)

ESCENA XVII

Ignacio *y* Zenón

D. IGNAC. Vaya un hombre. (Se sientan á la mesa de despacho el uno frente al otro, ocupando *D. Ignacio* el sillón.)

ZENÓN. Dirá usted una fiera... ¡Quiá! ¿Usted fuma? (*D. Ignacio* hace ademán de coger un cigarro que no le ofrece *Zenón.*)

D. IGNAC. Gracias.

ZENÓN. No, si era porque si usted fumaba tendría usted tabaco. A mí se me ha olvidado comprar (Aparte.) como todas las *buenas costumbres.*

D. IGNAC. Hay que hacérselo. (Le da una petaca.) ¿Conque usted es amigo de Manolo?

ZENÓN. (Guardándose tabaco en el bolsillo.) No, señor. No tenemos el gusto de conocernos.

D. IGNAC. Entonces es cliente nuevo.

ZENÓN. Tampoco. Yo soy un indivíduo á quien la casualidad ha hecho poseedor de un tarjetero propiedad de su hijo, lleno de documentos que valen mucho porque en ellos se ve reflejada la clase de vida que hace. A eso vengo. Enterado de que llegaba usted hoy, dije, voy á ver al Sr. Rodríguez para darle noticias del chico las cuales me agradecerá seguramente.

D. IGNAC. ¿Y cómo se ha enterado usted de que yo venía, si he guardado la más absoluta reserva?

ZENÓN. (Aparte.) Una cogida. (Alto.) Pues... por... por la prensa, eso es: por la prensa. Leí en *El Imparcial:* Hoy llegará á esta corte el padre de nuestro particular amigo el doctor don Manuel Rodríguez.

D. IGNAC. ¿Luego mi hijo es aquí tan conocido?

ZENÓN. (Aparte.) Al agua patos. (Alto.) No, señor, si le conocieran no se pondría nadie en sus manos. Su hijo es un impostor...

D. IGNAC. ¿Qué dice?...

ZENÓN. Que su hijo no es médico.

D. IGNAC. ¿Que no es médico? ¿Y cómo lo sabe usted?

ZENÓN. Por una carta que hay aquí (Por la cartera.) escrita por una *cantaora* de flamenco, cuya mocita seguramente será la hija de D. León.

D. IGNAC. ¿Qué pone?...

ZENÓN. A ello voy. Por lo pronto, sepa usted que estos documentos valen cien pesetas. Ni billete más, ni billete menos.

D. IGNAC. ¡Pero hombre!

ZENÓN. Lo dicho, y si usted no lo paga, su hijo se encargará de comprarlos.

D. IGNAC. Caballero, por Dios, véngase á razones exigentes. ¿Usted no es padre?

ZENÓN. No, señor. Ni ganas.

D. IGNAC. Lo comprendo. Tiene usted una conciencia muy dura. Usted conoce más: ábrame su pecho y deje lugar á la investigación de un padre.

ZENÓN. (Aparte.) ¡Vaya un punto! Este ha visto los libros y no me los va á dejar sacar de aquí.

D. IGNAC. Se lo suplico.

ZENÓN. (Aparte.) Yo no le confieso que los he robado. ¡Una idea! Se los daré de una manera decorosa. (Alto.) Pues bien. Sí, señor. Se más; mucho más. Lo sé todo. Sin necesidad de abrir-

me el pecho le diré una cosa. (Con altivez.) ¿Usted se compromete á entregarme las cien pesetas por el tarjetero, «El Corazón», «El Cariño» y el «Sí de las niñas» de D. León?

D. IGNAC. ¿Qué estoy oyendo?

ZENÓN. ¿Se compromete? (Se pone de pie ante la mesa.)

D. IGNAC. Comprometido.

ZENÓN. (Aparte.) El comprometido soy yo. (Saca el tarjetero.) Ahí va el tarjetero. Y ahí están los libros. (Al desabrocharse el chaleco caerán los libros sobre la mesa.)

D. IGNAC. (Con asombro.) ¿Pero, es esto lo que pedía ese caballero?

ZENÓN. Claro, señor. Lo que dice que le había robado su hijo de casa.

D. IGNAC. Bien. Tenga usted (Le da un billete.)

ZENÓN. Quede con Dios el Sr. de Rodríguez. (Le da la mano y hace muchas reverencias ridículas.) Dispense el Sr. de Rodríguez. Puede disponer como guste el Sr. de Rodríguez. Adios, Sr. de Rodríguez. Muy señor mío. Tanto gusto. (Al retirarse andará de espaldas hasta la puerta del foro por donde se va.)

D. IGNAC. (Desde el foro.) Adios. Adios. ¡Juan! despida usted á ese caballero.

ESCENA VIII

Dicho. *Luego* **Juan**

D. IGNAC. Lo primero es lo primero. (Toca el timbre y se sienta á la mesa.)

JUAN. (Entra por el foro.) ¿Llamaba el señor?

D. IGNAC. Lleva estos libros al número 84, en frente á casa de D. León Bravo, con esta notita: (Escribe.) Adjuntos remito á usted los libros que dice le sustrajo mi hijo de su casa, lo cual le suplico no tenga en cuenta, pues le prometo reprenderle muy seriamente cuando le vea. Creo quedará usted complacido, y por lo tanto olvidará lo de la sustración que espero guarde en secreto. Suyo afectísimo Ignacio Rodríguez.

¿Hay un sobre á mano?

JUAN. Los tiene guardado el señorito.

D. IGNAC. Pues llévatelo así; vuelve enseguida.

JUAN. Corriendo. (Vase.)

ESCENA XIX

D. Ignacio, *solo*

¿Y para eso quería ese tunante que yo viniese? ¡Para convencerme por mis propios ojos de cúanto en su vida de perdición viene ejecutando! Qué dirán estos documentos,

¡Cuántas infamias vendrán envueltas en estos papeles! ¡Qué serie de abominaciones indignas! ¡Qué cúmulo de execraciones á mi honor! ¡No! ¡No quiero verlos!...

¡Una *cantaora* de flamenco! Es decir, un pajarraco de esos que cantan en la mano. Seguramente le parecerá mejor ésta con sus carrillos embadurnados de colorines y sus ojos pintarrajeados, que aquella sobrina del farmacéutico, que pasaba las noches en vela por él y se atracaba de zaragatona para curarse la pasión de ánimo.

Razón tenía el alcalde cuando me decía: no le quepa duda, D. Ignacio, su hijo hará lo que todos ó mucho más, porque al fin y al cabo treinta pares de labor tiran mucho y él puede ir tirando.

ESCENA XX

Dicho *y* criado

JUAN. (Entra asustado, descompuesto y con una contusión en la frente, trayendo en la mano una carta y los libros.) Ahora sí que va de veras, D. Ignacio.

D. IGNAC. ¿Qué te pasa? ¿Quién te ha pegado?

JUAN. (Se sienta.) Verá usted: llego allí, pregunto por esa fiera, le doy los libros á una criada y espero un rato, no mucho, pues al momento sale D. León, me da los libros y esa tarje-

ta, abre la puerta, me suelta una bofetada, caigo rodando por la escalera y mientras corría hacia aquí, le sentía gritar desde el balcón: ¡Vuelve, criado servil y miserable, vuelve por lana que tú saldrás trasquilado.

D. IGNAC. Dame acá. (Saca las gafas y lee.) Sr. Rodríguez: No puedo tolerar burla semejante. Guárdese usted esos libros y aprenda en lo sucesivo á saber portarse correctamente. Dentro de breves momentos recibirá usted la visita de dos amigos míos. Un asunto como este y llegado á tales términos, no puede ser tratado más que con la intervención de amigos. León Bravo. ¡Bueno! ¡He aquí un hombre parlanchín y chismoso. ¿Qué le importarán á esos dos amigos suyos los asuntos nuestros? Pues, no, señor: Tienen que enterarse de todo y venir á visitarme. Pero no se apuren, que como vengan, ya sabré decirles cuatro verdades. ¿Que vienen?

JUAN. ¿Por dónde?... (Corre asustado.)

D. IGNAC. No es eso. ¿Que vienen? Pues les digo: ¡Catacaldos! ¡Curiosones! ¡Métome en todo! ¡Feos!

JUAN. Y no es *patá* la que le dan á usted.

D. IGNAC. ¿A mí? ¿A mí?... (Llaman.)

JUAN. Llaman. (Asustado.)

D. IGNAC. ¡A mí me da algo! ¡Armate!

JUAN. (Vuelven á llamar.) No tengo armas.

D. IGNAC. Armate de valor.

ESCENA XXI

Dicho, criado *y* guardias

JUAN. (Desde el foro.) Pasen ustedes. (Vase.)

SARG. (Entrando.) Con permisu.

GUAR. (Idem.) Con permisu.

D. IGNAC. (Les sale al encuentro y les da la mano.) Bien venidos, caballeros; siéntense. (Les da sillas.) (Pausa.) Vaya, vaya. (Se sientan.) ¿Conque ustedes son los amigos de D. León?

SARG. ¿De quién?

GUAR. ¿Cómu dice?

D. IGNAC, Digo; de, don, Le, on.

GUAR. (Aparte á *Sargento.*) ¿Qué decimus?

SARG. (Idem á *Guardia.*) Diremus que sí y con esu sabremus quién es D. León. (Alto.) Sí, sí, señor, lus mismus que visten y calzan.

D. IGNAC. ¿Le visten y les calzan ustedes? Por eso tiene tanta confianza y les cuenta sus secretillos. Ahora comprendo la visita.

GUAR. (Aparte á *Sargento.*) Este pájaro canta.

D. IGNAC. (Oye el aparte.) No canta, no, señor, está disecado. (Aparte.) Vaya si son curiosones.

SARG. Pues nusotros le haremos cantar.

D. IGNAC. Dificilillo lo veo.

GUAR. (Aparte á *Sargento.*) Interruguémusle con cautela.

SARG. ¿Usted es el que se dice Ductor Rudríguez.

D. IGNAC. (Aparte.) Estos saben que mi hijo no es médico. (Alto.) No, señor, soy su padre.

SARG. Lu mismu da.

GUAR. Lu mismu da.

SARG. ¿Usted conoce las relaciones de su hijo?

D. IGNAC. No conozco más que lo que dijo D. León.

GUAR. ¿Y ese señor está enteradu del robo?

D. IGNAC. Eso dice, pero yo creía que se lo habría contado á ustedes?

GUAR. (Aparte á *Sargento.*) ¿Qué tal?

SARG. (Aparte á *Guardia.*) Manificu.

D. IGNAC. Lo mejor será que él les conteste á sus preguntas, porque yo, la verdad, he llegado hoy y no sé más sino que mi hijo es un sinvergüenza.

Todavía no le he visto, pero lo deseo muy de veras, para sentarle las costuras como se merece.

SARG. Tiene usted razón. Esperaremus.

D. IGNAC. Entonces, con el permiso de ustedes voy á lavarme un poco, pues ni de eso he tenido tiempo á mi llegada.

GUAR. (Aparte á *Sargento.*) ¿Le dejamos lavarse?...

SARG. Que se lave.

D. IGNAC. Soy con ustedes al momento. (Vase foro.)

ESCENA XXII

Guardias

SARG. Me parece que hemos puesto el dedo en la llaga.

GUAR. Sargento Fernández, este *dotor* es un pillu redumadu.

SARG. Tal creo, Pérez

Yo debidu á mis cunocimientus heterogéneos y munismáticus de la cencia del tratu íntimu de la presona endividual del endividuo entrínsecamente y dócilmente representado en figura de presona curpórea, no tengu incunveniente en afirmar, de una manera culectiva y currecta ú lo que es lu mismu ambigua y sinónima que el tal ducturcitu se las trae.

¿No abunda usted conmigo, Pérez?

GUAR. (Despertando á los empujones del *Sargento.*) Abundo.

SARG. ¿No se siente usted removidu á creer igual?

GUAR. Me siento removidu.

SARG. Es natural. Mis palabras han hecho en usted su efecto.

GUAR. (Se queda dormido estirando las piernas y dejando caer los brazos.)

SARG. El tal *dotor* es un gachucillu de intríngulis aperitivu correspundiente y de anfibios extraordinarios.

En el hombre *doto* no hay que mirar solo la énfasis manética ni la fantasía del trabajo

corregido, ni la calor del cutis. Yo soy un hombre activo y que no se duerme en las pajas. (Guardia, ronca.)

SARG. Pérez, Pérez.

GUAR. ¿Qué hay? (Desperezándose.)

SARG. Que se está usted durmiendo

GUAR. Es que recapacito.

SARG. Pues recapacita usted á voces ¡hombre!

GUAR. (Vuelve á tomar la actitud de buscar el medio de dormir.)

SARG. Comu iba diciendo... (Llaman.)
Debe ser él.

ESCENA XXIII

Dichos *y* **Manolo;** *luego* **Ignacio**

MANOLO. Buenos días.

SARG. (Levantándose.) Buenos. (Al *Guardia*, que dormita.) Que qué buenos días.

GUAR. (Despertando, sin levantarse.) Déjese de bromitas; no estoy durmido.

MANOLO. ¿Qué deseaban?...

D. IGNAC. (Sale lateral izquierda.) Ahí está el mocito.

MANOLO. (Alegre.) ¡Papá! ¿tú aquí? ¡Dame un abrazo!

D. IGNAC. (Le rechaza.) ¡Nunca! ¡Nunca! Tú no eres digno de ser mi hijo. Ahora mismo estaba arreglando las maletas para marcharme y no volverte á ver más.

MANOLO. ¿Por qué razón?

D. IGNAC. Esos documentos te lo explicarán facilmente. (Echa el tarjetero violentamente sobre la mesa.)

MANOLO. (Coje el tarjetero.) ¿Y qué tengo yo que ver con esto? ¡Esto no es mío!...

SARG. (Aparte á *Guardia.*) Ante todo incomuniquémoslos. (Sujeta á *Manuel* y el *Guardia* á *Ignacio.*)

MANOLO. ¿Qué atropello es este?

D. IGNAC. Ellos te lo explicarán, son dos amigos de D. León.

M. Y G. (Á un tiempo.) ¿Quién es D. León?

SARG. Ahora lo sabremos. ¿Dónde vive?

D. IGNAC. Ahí enfrente. En el 84.

SARG. (Á *Guardia.*) Vaya usted por él enseguida y tráigalo codo con codo: si hace falta, abajo hay dos números. (Vase *Guardia.*)

ESCENA XXIV

Dichos *menos* **Guardia**

SARG. Ahora dígame qué negocio es ese que se trae usted con el *Vizco.*

MANOLO. No conozco al *Vizco.*

SARG. Pues él tenía una carta de usted citándole para después de realizado el negocio. Velay. (Le da un papel.)

MANOLO. Ni esta letra es mía, ni sé á qué pueda referirse este papelote. ¿Quién se lo ha dado?

SARG. Yo mismu. Estas manitas que Dios ma dao.

MANOLO. Parecen dos manoplas de florete.

SARG. Sí, señor, parecerán de azúcar florete ó de lo que usted quiera, pero con ellas le he sa-

cado yo al *Vizco* ese papelitu del bulsillu de la americana.

MANOLO. ¿Quiere usted hacer el favor de decirme de una vez quién es ese hombre?

SARG. De más que lo sabe. Un tomador del dos y descuidero, también ha sido del *ful.*

D. IGNAC. ¡De qué gente te veo rodeado!

MANOLO. Tiene usted razón; de guardias que lo mismo son guardias que guarda... cantones.

SARG. Mutis cun la rechifla. ¿Eh? Cuando resgistremos al *Vizco* porque fué detenido en el momento de sustraer el reloj á un caballero. Entre otros, tenía ese papel, que como ve usted bien, tiene sus señas y su nombre puesto en un costaditu; y dije: no cabe duda, este es el que lo ha debido escribir.

ESCENA XXV

Dichos *y* Zenón

ZENÓN. ¿Se puede?

D. IGNAC. Adelante.

ZENÓN. Buenas tardes, caballeros. Buenas, guardia.

SARG. Buenos.

ZENÓN. Aquí me tiene usted, Sr. de Rodríguez, (*Á D. Ignacio.*) á buscar el tarjetero, pues no es de su hijo. (Saca un periódico.) Este anuncio lo dice: Hallazgo.—Se dará una buena gratificación á quien presente un tarjetero per-

dido ayer y en cuyas tapas se lee, doctor Rodríguez. Entregarlo, Salitre, 119, portería. He ido allí y me dicen que me gano 30 duros. Conque aquí tiene usted su billete y venga el tarjetero. (*Ignacio* le da el tarjetero y recoge el billete.)

ESCENA XXVI

Dichos, Guardia *y* **D. León,** *y luego* **criado**

(*Guardia* trae arrastrando á *D. León*, el cual grita descompasadamente. La indumentaria de este será como sigue: Batín largo de flores, gorro turco con borla grande y pantuflas. (Viene atado codo con codo.) Acciona desde el suelo hasta que se indique.)

GUAR. Ya está aquí. (Deja á *D. León* en medio de la escena.)

D. LEÓN. ¡Asesino! ¡Miserable! Suéltame. Soy tu jefe, soy capitán retirado. ¡Voto á mil caballos!

GUAR. Ni que fueras el moro Muza.

MANOLO. ¿Por qué traen ustedes á este señor de esta manera á mi casa?

D. LEÓN. Mata sanos. Monigote. Chimpancé. ¡Voto á mil caballos! Que me suelten y verás á qué vengo.

D. IGNAC. Suéltenle.

SARG. Suéltele, Pérez.

GUAR. ¿Da usted palabra de estarse quieto?

D. LEÓN. La doy aunque me cueste renegar de mi carácter por una vez en la vida. (Entre los dos guardias le sueltan.) ¿Es usted el doctorcito?

MANOLO. Sí, señor.

D. LEÓN. Lea usted eso. (Le da un papel.) (Gesticula mucho, como tomando fuerzas para pegar; salta de coraje.)

D. LEÓN. ¡Bandido!

SARG. Quieto ó le amarro otra vez.

ZENÓN. Pero D. León, es usted un cordero. Ahora me es usted más simpático.

D. LEÓN. Yo le detesto.

MANOLO. Repito que todas estas cosas me tienen sin cuidado.

D. IGNAC. Lo que te tienen es confundido y avergonzado.

SARG. ¿Y qué hacemos nosotros?

MANOLO. Oir lo que voy á decir y luego marcharse. Digo que lo que hay aquí son unas lamentables equivocaciones que voy á descubrir. En mi afán de darme á conocer hice esos tarjeteros con mis señas, (Por el de *Zenón.*) los cuales reparto gratis, y ni los documentos de ese son míos ni las hojas que ustedes me presentan fueron escritas por mí. Vean ustedes los nuevos y se convencerán. (Saca unos cuantos del cajón de la mesa.)

D. IGNAC. Pobrecillo.

SARG. Verdaderamente. (Á *Zenón.*)

ZENÓN. Verdaderamente. (Á *Sargento.*) (Llaman.)

GUAR. Ya decía yo...

JUAN. (Desde el foro.) Dos caballeros que vienen en nombre de D. León...

MANOLO. Diles que llegaron tarde.

D. LEÓN. ¿Cómo tarde? Me acompañarán al Gobierno civil para dar parte de este atropello.

SARG. Esos se durmieron en las pajas.

GUAR. Ya se lo he oido dos veces. ¡Contra!

MANOLO. (Al proscenio.)

Ahora os suplica el autor
y yo en su nombre os lo pido,
un aplauso á su labor
y será el premio mejor
que puede haber obtenido.

Arturo Fuentes y Miranda

TELÓN

GALERÍA DRAMÁTICA

DEL

CÍRCULO-PATRONATO DE SAN LUIS GONZAGA

DE MADRID

ESTEBAN, boceto dramático en un acto.
EL MEJOR RÉGIMEN, juguete en un acto.
PERDÓN, ensayo dramático en un acto.
¿QUIÉN ES EL DIRECTOR?, juguete en un acto.
EL CAPITÁN RETIRADO, comedia en prosa y en un acto, di dido en tres cuadros.
IR POR LANA..., comedia en un acto y en verso.
JUEGO DE PRENDAS, juguete cómico en un acto y en prosa.
GASTRITIS SIMPLE, juguete cómico en un acto.
ALMONEDA POR AUSENCIA, juguete cómico en un acto.
LA ESCUELA DE VILLABRUTA ó ¡POBRECITOS MAESTROS! (P niños). Juguetito en un acto y en verso.
UN BUEN RECLAMO, juguete cómico en un acto y en prosa.
EL GOBIERNO DE SANCHO PANZA, juguete cómico en tres c dros. (Arreglo del Quijote).

Todas estas obras se hallan de venta en la Administraci **Zorrila, 5 y 7, Madrid,** al precio de **una** peseta ejemplar.
No se servirá ningún pedido que no venga acompañado de importe y el del franqueo correspondiente.
La administración no responde del extravio de los ejemp res que se remitan por el correo, á no ser que se envíen ce ficados.